

CAPÍTULO V

LOS PRECURSORES

Desde que acaba esta tragedia de los albigenses, comienza una fase nueva del movimiento universal europeo, y de la idea eclesiástica. Desde luego, al concluirse el siglo décimotercio, y clavarse el guantelete de Colonna en la mejilla de Bonifacio VIII, la Iglesia tradicional asentada el año 800 sobre el pacto de Cárlo-Magno, zozobra al empuje de las ideas, como formidable nave al empuje de los vientos. Las cruzadas han retrocedido; los jubileos se han acabado; los templarios se han disuelto; el cisma de Occidente ha abierto en el corazón de la Iglesia una herida mayor que la del cisma de Oriente; el cautiverio de Avignon ha sometido el poder espiritual de los Papas al poder civil de los laicos; y la corte de Roma se ha paganizado de tal suerte que si por el coro de sus artistas parece una Atenas de la libertad y de la República, por la vida de sus Pontífices parece una Roma de la esclavitud y del Imperio.

Quien observa con atención el movimiento de las herejías, nota en seguida cómo, desde las eminencias de lo metafísico y de lo teológico, desciende á los valles de lo canónico, de lo disciplinario, de lo práctico. Las herejías primeras de los judeo-cristianos, ó de los heleno-cristianos violentos, se refieren al Dios Padre y al concepto más ó menos aproximado á la Biblia ó á la filosofía que del Dios Padre debe concebirse. Las herejías de los gnósticos se refieren al Espíritu Santo, y á las relaciones del espíritu con Dios y de Dios con el hombre. Las herejías de los nestorianos y de los arrianos se refieren

al Verbo, al Cristo, á la segunda persona de la Trinidad, á su naturaleza divina y á su humana naturaleza. Las herejías de la Iglesia oriental se refieren á la procedencia del Espíritu Santo y á sus relaciones con las otras dos personas capitales de la Trinidad católica. Las herejías pelagianas al problema de la libertad y de la necesidad, de la armonía entre el libre albedrío y la divina Providencia. Las herejías albigenses á la coexistencia del bien y del mal en los objetos y sujetos de este bajo mundo; pero luego todas las herejías que á estas capitalísimas suceden, revisten un carácter menos dogmático y más moral, tendiendo á la reforma de la Iglesia por las ideas y por las costumbres.

Dos movimientos se observan en el seno de la civilización católica por este tiempo: un movimiento ortodoxo que tiende á la reforma, otro movimiento heterodoxo que tiende á la revolución. El primer movimiento está representado por los concilios de Basilea y de Constanza, por los esfuerzos de Savonarola y de tantos otros pensadores ilustres. El segundo movimiento por los herejes que se extienden sin un minuto de interrupción desde fines del siglo décimotercio hasta principios del siglo décimosexto, como los puntos de una línea y como los términos de una serie. Delante de Savonarola hemos contemplado cómo se frustró el movimiento reformador y ortodoxo. Veamos cómo se originó el movimiento revolucionario y herético á cuyo término se levanta la gigantesca figura de Lutero.

Sigamos, pues, la herejía, que coincidiendo con la secta de los albigenses, llega hasta desaguar en el inmenso receptáculo de la doctrina luterana. Pedro de Bruis, nacido en Narbona, encabeza la secta que pide un regreso del espíritu humano á la primitiva doctrina de la Iglesia y á la sencillez del Evangelio. Así, no quería que Dios tuviese otro templo sino el inmenso espacio, ni que de Dios se trazase imagen alguna por no haber lo infinito y lo absoluto en lo reducido y estrecho de las formas. Esta primera tendencia de la revolución debía frustrarse, como se frustran siempre todas las tendencias revolucionarias, que aparecen sobrado pronto y que tienen el triste privilegio de la inoportunidad. Los cronistas del tiempo cuentan que Pedro fué quemado en el Langüedoc, y su alma por consiguiente traspasada del fuego transitorio de las hogueras al eterno fuego de los infiernos. Uno de los discípulos

de Pedro llamado Enrique, tambien evangelizó por las tierras del Mediodía de Francia, y con tal éxito, que algunas veces logró sobreponerse á hombres á quienes se sometian los Reyes y los Papas como el célebre San Bernardo. Pero así que extendió su doctrina, y tropezó directamente con la Iglesia, cayó en manos de los poderes civiles y murió en dura y terrible prision.

Nada se pervierte con tanta facilidad como los movimientos revolucionarios. En la ceguera de sus inspiraciones, en el ardor de sus combates, pierden muchas veces de vista la razon y no miden cual debieran el radio de lo posible. Así como la democracia exagerada está muy cerca de la demagogia plena; el exagerado misticismo está muy cerca de la voluptuosidad y de la corrupcion completas. En ninguna parte se tiende tanto al extravío. Toda revolucion tiene algo de fiebre; toda fiebre lleva en sí algo de delirio. La sobrecitacion del pensamiento exalta los caracteres y desordena los nervios; y en los caracteres exaltados y en los nervios descompuestos cabe con mucha facilidad la perversion y el vicio. Estas consideraciones nos explican así el rápido triunfo como la rápida ruina de uno de los mas extraños reformadores, del célebre Tanchelin, que ejerció su poder y su influencia sobre Bélgica. Bien es verdad que le prestó mucho auxilio el estado en que la clerecía belga se encontraba por este tiempo. Ciudades como Amberes tenian para su régimen eclesiástico un solo sacerdote, el cual ciertamente no edificaba las almas ni con su doctrina ni con su ejemplo. Tanchelin se presenta y sostiene que Papa y clérigos carecen de jurisdiccion espiritual sobre las almas; que iglesias y monasterios representan verdaderas mancebías de las conciencias; que culto y dogma dependen, no de las consagraciones canónicas, sino de la santidad de aquellos que los administran y los simbolizan. Con tales doctrinas se abrió paso en la sociedad, y ya con poder é influencia en ella, descarrióse por completo. Toda la antigua pureza se trocó en podredumbre y vicio. Ciñóse magníficas vestiduras como un rey en su trono; mezcló diademas de oro á sus blondos cabellos; sedujo á las mujeres del prójimo, y llegó á persuadirlas de que prestarle sus favores equivalia de todo en todo á recibir la visita del divino espíritu; desposóse públicamente sobre el ara de un altar con la Virgen María, única esposa digna de su mano, é hizo que todos los fieles y todos los creyentes le regalaran innumerables ofrendas de boda; creyóse en su desvarío

un Dios y como á Dios obligó á que le adoraran en los altares y en los templos. Su locura llegó hasta el punto de tener un apostolado, y encabezarlo con una mujer á quien llamaba María, y sobre la cual esperaba que cayesen las lenguas de fuego como en el cenáculo de Jerusalem. Inútil decir que tanta demencia pasó como pasan todos estos accidentes históricos, pasó con el carácter y con la rapidez de una excepcion.

Mayores raíces tuvo en la tierra de Europa otra estirpe de herejías. Durante la Edad media mereció el nombre de Isla de los santos la tierra que debia representar en el desarrollo del protestantismo, lo que Francia representara en el desarrollo del catolicismo, la autoridad y la fuerza. Hablamos de Inglaterra. Allí, en aquel bastion de la ortodoxia, habló una especie de sectario, llamado Gerard, que profesaba ideas ortodoxas respecto á la divinidad, é ideas heterodoxas respecto á los sacramentos. Bien pronto, informada por la autoridad eclesiástica, la autoridad civil descubrió el refugio de esta secta y su secreta organizacion. Por aquellos originales medios, que de perseguir y de castigar tenia su tiempo, un hierro enrojecido marcó la barba y la frente de Gerard, mientras sus discípulos proscritos, dispersos, errantes en triste invierno de Inglaterra, murieron todos por las soledades del campo, á las inclemencias del aire y á los rigores del clima.

Otra de las herejías mas acreditadas en la Edad media, la que por algun tiempo tuvo extraordinario crédito y adeptos numerosísimos, herejía mas bien referente á la moral que al dogma, fué la herejía concebida y propagada por Pedro Waldo, á cuyos discípulos denominó la historia por el nombre de su maestro valdenses. Pertenecia este Waldo á una de las familias mas ricas de Lyon, y pasaba su vida en el placer y en la abundancia, cuando súbito infortunio, la muerte inesperada de un amigo querido, le hirió en el corazon y le obligó á retirarse del mundo y á perderse en los consuelos que procura seguramente á las almas atribuladas un elevado misticismo. Como Cristo en Samaria y Palestina, escogió Waldo en Lyon la pobreza por base de su vida; los humildes por colaboradores de su obra; la regeneracion del mundo por objeto de sus trabajos; el espiritualismo por esencia de su doctrina; tanto que parecian sus adeptos mas bien frailes de las órdenes ya establecidas en Europa que heresiarcas conjurados contra el poder secular de la Iglesia. Así

creyeron que podian fundar una regla ordinaria, una asociacion religiosa universalmente aceptada, sobre bases dignas de competir con las prácticas de los primeros apóstoles en el cenáculo y de los primeros mártires en las catacumbas. Pero la Iglesia, cuyo sentido práctico detestaba todas estas exageraciones, temia con mas ó menos razon á una doctrina, cuyo fondo implicaba la condenacion mas inapelable de su autoridad política y de su poder temporal, jamás tan pujantes y valiosos como en esta edad verdaderamente pontificia del grande Inocencio III. Desechados, maldecidos, puestos en sospecha cuando la sospecha bastaba para cohonestar las mayores persecuciones, heridos en su conciencia tanto mas susceptible cuanto que no tenia ninguna sombra ni la aquejaba ningun desmayo, comenzaron por murmurar de la Iglesia romana y concluyeron por declararle franca y abierta guerra. Así, desinteresados y puros, combatian las tendencias políticas adquiridas por el jefe de la cristiandad desde los tiempos de Silvestre I; populares, como los pescadores de Galilea, divulgaban el Evangelio en la lengua incipiente, en el romance ordinario, que por aquel tiempo balbuceaba el pueblo; enemigos de la organizacion aristocrática de la Iglesia, llamaban al Papa el Antecristo y á la clerecía pontificia la cortesana del Apocalipsis; revolucionarios como todos los grandes herejes, atribuian la eficacia de los sacramentos á la virtud de quien los administraba; místicos y casi idealistas, pretendian que Dios solo necesitaba por templo el espacio, por holocausto el corazon, por altar la conciencia, por campanas y órganos el susurro de las plegarias elevado como un aroma que se exhala del alma á impulsos interiores del espíritu hácia la inmensidad de los cielos. Léanse los autores del tiempo, y se verá hasta en los mas enemigos suyos, cómo se sustentaban de alimentos sencillos, vestian burdos trajes, daban de mano al comercio, ponian sus bienes, ó mejor dicho, el producto de sus trabajos en comun, condenaban la asistencia de sus correligionarios á los juegos y á las tabernas, aborrecian el juramento y las palabras ociosas; y orando poco y apareciendo menos todavia en público, no se desdeñaban ni de acorrer al necesitado, ni de consolar al afligido, ni de instruir al ignorante, dados de continuo en una vida sin mancha al amor de Dios y á la compasion y á la caridad con los hombres.

Para la Iglesia no hay estirpe en las herejías; todas, cuando se apartan

de su dogma, de su disciplina ó de sus cánones, le parecen igualmente condenables. Así, en cuanto comenzó á manifestarse la herejía, comenzó tambien á seguirla terriblemente la persecucion. Los calumniadores se dieron traza para imputar á los nuevos sectarios la adoracion del diablo representado por un gato. Los inquisidores vinieron tras los calumniadores. Uno entre ellos, que se llamaba Conrado, ardiente dominicano, cebábase en todos los infelices con una saña de hiena. La indiferencia, á sus ojos, tomaba carácter de crimen y le infligia el castigo de marcarla con un hierro candente. En cuanto al valdense lo condenaba irremisiblemente á la hoguera. Valiéndose de la confesion, de las predicaciones, de los sacramentos, convertia á los miembros de una misma familia en esbirros y celaba por este medio así el interior de los hogares como el interior de las conciencias. Cuéntase que una pobre muchacha de humilde origen, resentida con su propia familia, la delató toda entera y la hizo morir en las llamas. La cólera de Conrado no perdonaba, no, á ninguna clase; y muchos grandes, muchos nobles, comenzaban á caer ya en las trampas y las celadas de su persecucion. Al llegar aquí, se estrelló su celo y se atrajo el rayo, pues murió asesinado á manos de varios esbirros de los caballeros feudales en solitario camino. Mas la persecucion quedó como vinculada en herederos innumerables de este hombre funesto. Un Papa tuvo el valor necesario para condenar á los hijos, por católicos que parecieran, á causa de doctrinas reconocidas de antiguo en su familia, siquier no participasen de ellas. Y solamente se ofreció perdon y olvido á quien tuviera corazon tan seco y conciencia tan oscura que delatara á la Inquisicion su propio padre, lo cual equivalia ciertamente á condenarlo á muerte. Así, pues, todos los horrores de la guerra contra los dualistas, se reprodujeron en una persecucion contra los valdenses, que duró cuatro siglos, sin alcanzar en su furor á desarraigarlos de Europa. Poblaciones enteras quedaron reducidas á cenizas. Exterminábase á las generaciones como pudiera exterminarlas en su ciega desolacion el hambre y la peste. Originarios de Francia tuvieron que atravesar el Jura y los Alpes para asentarse en los desfiladeros del Piamonte y unirse con los sacramentarios de Suiza, no sin dejar recuerdos y señales indelebles de su martirio en el seno de la tierra y en el recuerdo de la historia.